

tud para suceder al trono, era menester, ántes de dejárselo arrebatar, *pegar fuego en medio y en las cuatro esquinas del reino.* » No hubiera dicho mejor el gran Condé. Muerto Luis XIV y anulado el testamento, arrebatada de cólera no descansó un momento hasta que puso en ejecucion esta mala palabra.

Esto interrumpió un poco las fiestas de Sceaux, y hay dos tiempos, dos épocas distintas en esa larga vida mitológica de placeres, en lo que yo llamo esa vida *entre dos verjeles*: la primera época, la de las esperanzas, de la embriaguez orgullosa y de la ambicion oculta bajo las flores; y la segunda, despues de frustrado el objeto, despues del contratiempo y del desengaño, si es que es permitido usar estas palabras, puesto que aun con posterioridad á tal caida, despues de la degradacion y el ultraje, despues de la conspiracion abortada y la prision, esta naturaleza incorregible no sólo volvió á los sitios acostumbrados, sino que encontró de nuevo sin grande esfuerzo el mismo orgullo, la misma embriaguez, la misma persuasion de sí y la misma facultad de ilusion activa y bulliciosa, del mismo modo que á los setenta años se consideraba jóven y siempre la misma pastorcilla. Jamas, con tan brillante ingenio, hubo nadie que fuera más ingenuamente diosa y pastora que la duquesa de Maine. Representó la comedia hasta la consumacion, pero sin siquiera sospechar que fuera comedia.

« Ponedme á los piés de la señora duquesa de Maine, escribia de Berlin Voltaire en 1752 (ella tenía entónces setenta y seis años). Es un alma predestinada, que tendrá aficion á la comedia hasta el último trance de su vida, y os aconsejo que cuando esté enferma la administréis alguna buena pieza en vez de la Extremauncion. Como se ha vivido así se muere... » — Añadiremos, para acabar de pintarla, que teniendo tan desmedida aficion á la comedia y habiéndola representado incensantemente, la representaba mal y que por ello era tanto más aplaudida.

¿No podria sacarse ya alguna enseñanza provechosa en vista de tal existencia y de tal naturaleza que nos parecen hoy fabulosas? Se

ha dicho de la duquesa de Maine « que, en toda su vida, habia salido de su casa y que *ni siquiera se habia asomado á la ventana* ». Los filósofos, al ménos algunos filósofos, han ideado que si el hombre, despues de su nacimiento y en sus primeros movimientos, no experimentase resistencia en el contacto de las cosas que le rodean, llegaría á no distinguirse del mundo exterior, á creer que este mundo formaba parte de sí mismo y de su cuerpo, á medida que se extendiera en él con su ademan ó con sus pasos; llegaría á persuadirse que el todo no es más que una extension de su ser personal, y diría con entera confianza: *¡El Universo soy yo!* Tal fué la duquesa de Maine; ella realizó largo tiempo el sueño de los filósofos. Jamas encontró oposicion á sus deseos hasta la época de la Regencia, pues con tiempo se habia puesto en situacion de no experimentarla, encerrándose en la pequeña Corte de Sceaux, donde todo era de ella y no era sino ella. Toda voluntad que no fuese la suya le hubiera parecido una impertinencia ó una rebelion. Sin embargo, cuando salió de allí y tuvo que luchar con dificultades reales, tropezó y se estrelló en ellas. En la loca conspiracion que llena de despecho emprendió contra el Regente (1718), y á la cual empujó á su tímido esposo, pudo ver que el mundo era más grande, más rebelde y más difícil de manejar de lo que ella creía. Cualquiera otra persona habria sacado de ello alguna útil enseñanza, ó por lo ménos algun tedio y alguna tristeza; pero con ella no fué así, pues prevaleció la fuerza del natural y de las impresiones. Restituida á Sceaux despues de una ruda prueba de humillacion y desgracia (1720), poco á poco se fué colocando de nuevo en las mismas condiciones en que habia vivido al principio; allí no encontró ya resistencia, olvidó que la habia para ella á dos pasos fuera de su valle, y continuó persuadida como ántes de que la regla del mundo, cuando este andaba ordenado, era que todo fuese para ella y únicamente para ella. En una palabra, y volviendo á una comparacion precedente, se pareció á una persona que ha caido un día por descuido del primer piso sin haberse hecho mucho daño, pero que por eso no se ha asomado ni se asomará jamas á la ventana.

tud para suceder al trono, era menester, ántes de dejárselo arrebatar, *pegar fuego en medio y en las cuatro esquinas del reino.* » No hubiera dicho mejor el gran Condé. Muerto Luis XIV y anulado el testamento, arrebatada de cólera no descansó un momento hasta que puso en ejecucion esta mala palabra.

Esto interrumpió un poco las fiestas de Sceaux, y hay dos tiempos, dos épocas distintas en esa larga vida mitológica de placeres, en lo que yo llamo esa vida *entre dos verjeles*: la primera época, la de las esperanzas, de la embriaguez orgullosa y de la ambicion oculta bajo las flores; y la segunda, despues de frustrado el objeto, despues del contratiempo y del desengaño, si es que es permitido usar estas palabras, puesto que aun con posterioridad á tal caida, despues de la degradacion y el ultraje, despues de la conspiracion abortada y la prision, esta naturaleza incorregible no sólo volvió á los sitios acostumbrados, sino que encontró de nuevo sin grande esfuerzo el mismo orgullo, la misma embriaguez, la misma persuasion de sí y la misma facultad de ilusion activa y bulliciosa, del mismo modo que á los setenta años se consideraba jóven y siempre la misma pastorcilla. Jamas, con tan brillante ingenio, hubo nadie que fuera más ingenuamente diosa y pastora que la duquesa de Maine. Representó la comedia hasta la consumacion, pero sin siquiera sospechar que fuera comedia.

« Ponedme á los piés de la señora duquesa de Maine, escribia de Berlin Voltaire en 1752 (ella tenía entónces setenta y seis años). Es un alma predestinada, que tendrá aficion á la comedia hasta el último trance de su vida, y os aconsejo que cuando esté enferma la administréis alguna buena pieza en vez de la Extremauncion. Como se ha vivido así se muere... » — Añadiremos, para acabar de pintarla, que teniendo tan desmedida aficion á la comedia y habiéndola representado incensantemente, la representaba mal y que por ello era tanto más aplaudida.

¿No podria sacarse ya alguna enseñanza provechosa en vista de tal existencia y de tal naturaleza que nos parecen hoy fabulosas? Se

ha dicho de la duquesa de Maine « que, en toda su vida, habia salido de su casa y que *ni siquiera se habia asomado á la ventana* ». Los filósofos, al ménos algunos filósofos, han ideado que si el hombre, despues de su nacimiento y en sus primeros movimientos, no experimentase resistencia en el contacto de las cosas que le rodean, llegaría á no distinguirse del mundo exterior, á creer que este mundo formaba parte de sí mismo y de su cuerpo, á medida que se extendiera en él con su ademan ó con sus pasos; llegaría á persuadirse que el todo no es más que una extension de su ser personal, y diría con entera confianza: *¡El Universo soy yo!* Tal fué la duquesa de Maine; ella realizó largo tiempo el sueño de los filósofos. Jamas encontró oposicion á sus deseos hasta la época de la Regencia, pues con tiempo se habia puesto en situacion de no experimentarla, encerrándose en la pequeña Corte de Sceaux, donde todo era de ella y no era sino ella. Toda voluntad que no fuese la suya le hubiera parecido una impertinencia ó una rebelion. Sin embargo, cuando salió de allí y tuvo que luchar con dificultades reales, tropezó y se estrelló en ellas. En la loca conspiracion que llena de despecho emprendió contra el Regente (1718), y á la cual empujó á su tímido esposo, pudo ver que el mundo era más grande, más rebelde y más difícil de manejar de lo que ella creía. Cualquiera otra persona habria sacado de ello alguna útil enseñanza, ó por lo ménos algun tedio y alguna tristeza; pero con ella no fué así, pues prevaleció la fuerza del natural y de las impresiones. Restituida á Sceaux despues de una ruda prueba de humillacion y desgracia (1720), poco á poco se fué colocando de nuevo en las mismas condiciones en que habia vivido al principio; allí no encontró ya resistencia, olvidó que la habia para ella á dos pasos fuera de su valle, y continuó persuadida como ántes de que la regla del mundo, cuando este andaba ordenado, era que todo fuese para ella y únicamente para ella. En una palabra, y volviendo á una comparacion precedente, se pareció á una persona que ha caido un día por descuido del primer piso sin haberse hecho mucho daño, pero que por eso no se ha asomado ni se asomará jamas á la ventana.

Podemos hablar de la duquesa de Maine á fondo y como si la hubiésemos conocido, pues tenemos respecto de ella el testimonio más directo, más íntimo y más seguro. Había tomado á su servicio, en el otoño de 1711, á título de camarista, á una persona de mérito, capaz de ocupar cualquiera rango, nacida para ser igual y émula por su talento de las más distinguidas de aquel tiempo, que unía la gravedad con la jovialidad y que poseía un corazón que todavía conservó su mérito, aun cuando se hubo empedernido. La señorita de Launay permaneció durante más de cuarenta años cerca de su ama, y ha dejado unas *Memorias* de lectura muy sabrosa, que desde hace largo tiempo son admiradas por la calidad del lenguaje y la amenidad de la narración. Al leer á la señorita de Launay y al seguirla en las diversas vicisitudes de su condición servil, no puede uno ménos de repetir con La Bruyère: « La ventaja de los magnates sobre los demás hombres es inmensa por un lado. Les cedo los regalos de sus mesas, sus ricos mueblajes, sus perros, sus caballos, sus monos, sus enanos, sus locos y sus aduladores; pero les envidio la dicha de tener á su servicio gentes que los igualan por el corazón y el talento, y que á veces los exceden. » La señorita de Launay, que todavía no ha sido quizás puesta en el rango que le corresponde como moralista, me representa á un La Bruyère mujer, colocado en la alcoba de su princesa; no lo dice todo, pero lo ve todo, y al medir sus palabras, no hace más que grabar sus observaciones con un giro más conciso é indeleble.

Ella nos ha mostrado admirablemente ese talento de bien decir que era peculiar á la duquesa de Maine y llamó desde luego su atención: « Se la prestaba entera y sin esfuerzo, ha dicho la señorita de Launay, pues nadie ha hablado con más precisión, claridad y rapidez, ni de una manera más noble y natural. Su mente no emplea ni rodeo ni figura, ni nada de lo que se llama invención. *Vivamente impresionada de los objetos, los expresa como el cristal de un espejo los refleja, sin añadir, omitir ni cambiar nada.* » No se puede hacer resaltar mejor lo que tenían de natural, perfecto y hasta exacto en cierto sentido, ese espíritu y esa palabra pronta, que estaba tan en su propia

casa en el seno de este mundo artificial. La expresión, en la duquesa de Maine, era igual ni más ni ménos á la impresión, y una y otra eran siempre claras y vivas. « La lengua no se perfecciona sino cuando vos la habláis ó cuando se habla de vos, » le escribía madama de Lambert. Quitese el cumplido, y queda el mismo encomio que se acaba de leer.

Todos los que han hablado de ella han hecho notar ese *giro preciso* de su espíritu y esa exactitud en la brillantez: era de esa escuela de fines del siglo xvii, á quien madama de Maintenon había enseñado que las frases largas son un defecto.

La señorita de Launay nos inicia, por otra parte, en los caprichos, ambiciones y juegos de esta niña mimada, ingeniosa y voluntariosa. Nos la muestra y se muestra, á su lado, conspirando toda la noche con la pluma, é intentando á fuerza de memorias y escritos, suscitar contra el Regente una Fronda que todavía llevaba el sello del buen tono. Después de la doble prisión que tuvieron que sufrir la princesa y la camarista, prisión que no redundó en honor de la una, pero que fué tan gloriosa para la otra, la señorita de Launay, ennoblecida á los ojos del mundo por su firmeza, volvió á Sceaux al lado de su ama que la recompensó colocándola al nivel de sus damas. Poco á poco fué repoblándose y reanimándose la pequeña Corte, y el torbellino volvió á comenzar de nuevo, apenas se había entrado otra vez de lleno en la vida de sueños y delirios. Un episodio bastante curioso tendría aquí su lugar, si se escribiera una historia de la reina de Sceaux.

La señorita de Launay, durante las temporadas que permanecía en París, solía visitar á madama de Lambert y asistir los martes á sus tertulias, á las cuales concurrían Fontenelle, La Motte, Mairan, el abate Mongault y algunos otros académicos y personas de buen tono. Sucedió pues que la señorita de Launay y madama de Lambert leyeron en esta tertulia cartas que habían recibido de la duquesa de Maine, la cual informada de este honor dispensado á sus cartas, aparentó espantarse de que hubiesen sido producidas en tan docta y temible asamblea, de donde resultó una Correspondencia entre ella y La Motte

(1726). Este último tenía entonces cincuenta y cuatro años, y se hablaba ciego; también la duquesa andaba al rededor de los cincuenta. Tratábase de hacer comprender á una *Alteza Serenísima* que se estaba enamorado de ella sin pronunciar la palabra amor, expresar esta idea galante en todos sentidos, simular un ardor contenido todavía en los límites del respeto y obtener por fin de ella favores. El primero de estos favores fué que firmaría su nombre con todas letras: *Luisa Benedicta de Borbon*. El juego de La Motte era decir que esta *Luisa Benedicta de Borbon* no le duraba casi nada, dando á entender que la devoraba á besos cuando estaba solo. Pedia con ansia otra firma: « Casi he *gastado* la primera con vuestro permiso, » escribe. — Oh Molière, el Molière de las *Sabidillas*, ¿dónde estabas? Jamas se comprende mejor que cuando se lee esta correspondencia refinada y sutilizada, el cansancio de los que pasaban su vida en Sceaux, atormentando el espíritu noche y día, y llamaban á esta pequeña Corte *las Galeras del Buen Tono*.

En la segunda época de su residencia en Sceaux, tenía al frente de los que ella llamaba sus *pastores* al ingenioso marqués de Saint-Aulaire, autor de una célebre quarteta, el cual no tenía ménos de noventa años de edad: un pastor tan viejo rejuvenecía á la duquesa singularmente, pues á su lado parecía una niña.

También Voltaire fué uno de los huéspedes, ya que no de los pastores de Sceaux, y se conserva memoria de algunas de sus estancias allí. En el otoño de 1746, habiendo comprometido su seguridad con una de esas imprudencias que le eran tan familiares, fué una noche á pedir asilo á la duquesa de Maine, la cual le escondió en uno de los aposentos aislados cuyas ventanas estaban cerradas todo el día. Voltaire trabajaba allí con bujías; en este escondite compuso una porción de sus más bonitos Cuentos, particularmente *Zadig*, y por la noche bajaba á deleitar con ellos á la princesa que, no teniendo costumbre de dormir, solía estar esas noches más despierta que nunca. Todavía podrían citarse otras apariciones de Voltaire en la pequeña Corte de la duquesa de Maine, y que tuvieron su particularidad.

Á pesar de esta afición al talento y á las personas que más lo tenían, no se puede decir que la influencia de la Corte de Sceaux haya sido provechosa para las letras ni que tampoco haya inspirado nada. Allí no se siente, en efecto, esa acción vivificante y fecunda que supone un foco verdadero; sólo se ve un círculo delicioso trazado desde el primer día y al cual iban ingenios ya formados á consumirse rindiendo homenajes á la divinidad y compitiendo en idear medios para divertirla. Pero lo que más me choca en esa pequeña Corte, y me parece sólo memorable, es ese aspecto moral que se refiere á la observación humana de las preocupaciones, extravagancias y ridiculeces. Si queréis estudiar en un modelo perfecto y como con lente el egoísmo seductor, el despotismo fantástico y caprichoso de una princesa real de otro tiempo, la ingenua imposibilidad en que está de concebir en el mundo otra cosa que no sea ella misma, id á Sceaux: allí veréis todos esos grandes defectos en compendio y en miniatura, como se ven gruesos pescados rojos agitándose al sol en un bocal transparente. Veréis á esa niña mimada de sesenta años y más, á quien nada ha enseñado la experiencia, pues la experiencia supone reflexión y exámen de sus propias acciones; la veréis hasta el fin llamando al gentío en derredor suyo, y respondiendo á los que se maravillan de ello: « Tengo la desgracia de no poder prescindir de las cosas que para nada me sirven. » Es menester que cada aposento de este palacio de Armida esté lleno, no importa cómo ni por quién, pues lo que allí se teme ante todo es el vacío.

« El deseo de hallarse rodeada aumenta cada día, escribía madama de Staal (de Launay) á madama Du Deffand, y preveo que si tenéis un aposento sin ocuparlo, se experimentará gran pesar por lo que haréis perder, sea lo que fuere. *Los grandes, á fuerza de extenderse, llegan á ponerse tan delgados que se los ve al trasluz; bello estudio es el contemplarlos, y nada conozco que encamine mejor á la filosofía.* »

Hé ahí lo que observaba la señorita de Launay, nuestro La Bruyère de dentro de casa; y corona sus *Memorias* con un *Retrato* de la duquesa

de Maine, que sería preciso trascribir extensamente, tan completo y acabado es y tan bien resumida está en él la especie entera en la persona del individuo más curioso. Es una de las piezas más delicadas de fisiología moral; citaré sus principales rasgos :

« La señora duquesa de Maine, á la edad de sesenta años, nada » ha adquirido todavía con la experiencia; es un niño de mucho talento » y tiene sus defectos y sus encantos. Curiosa y crédula, ha querido » intruirse en todos los ramos diferentes del saber; pero se ha con- » tentado con su superficie. Las decisiones de los que la han educado se » han convertido para ella en principios y reglas. acerca de los cuales » nunca ha concebido su mente la menor duda; se ha sometido de una » vez para siempre. *Su provision de ideas está hecha; desecharia las » verdades mejor demostradas y resistiria á las razones de más peso, » si contrariaran las primeras impresiones que ha recibido.* Todo exá- » men es imposible á su ligereza, y la duda un estado que no puede » soportar su debilidad. Su Catecismo y la Filosofia de Descartes son dos » sistemas que entiende igualmente bien.

» ... El concepto que tiene de sí misma es una preocupacion » que ha recibido como todas sus demas opiniones. *Cree en sí del » mismo modo que cree en Dios y en Descartes, sin exámen ni » discusion.* Su espejo no ha podido sugerirle la menor duda respecto » de los atractivos de su fisonomía; pero el testimonio de sus ojos es » más sospechoso para ella que el juicio de los que han decidido que » era bella y bien conformada. Su vanidad es de un género singular; » pero parece que choca ménos porque no se deriva de la reflexion, » aunque en realidad sea más absurda.

» Su trato es una esclavitud, su tiranía manifiesta, y no se digna » cohonestarla con las apariencias de la amistad. Dice ingenuamente » que *tiene la desgracia de no poder privarse de las personas que » ningun interes le inspiran.* En efecto, lo está probando, pues se ve » que recibe con indiferencia lo noticia de la muerte de aquellos que » la hacian derramar lágrimas cuando tardaban un cuarto de hora » más en el juego ó en el paseo. »

Esta insensibilidad se verificó al pié de la letra á la muerte de la duquesa de Estrées, que tuvo lugar casi repentinamente en Anet (setiembre de 1747). Parecia que la duquesa de Maine no podia vivir sin esta duquesa que habia llegado á ser la directora de sus placeres, el Malezieu de los últimos años. Fué enterrada; « luego se corrió el telon y no se volvió á hablar de ella. » El autor del *Retrato* continúa mostrándonos así todos los vicios ingenuos de su princesa, todas sus cualidades sin alma y sin enlace, su religion sin piedad, su profusion sin generosidad, *muchos conocimientos sin ningun verdadero saber*, « todas las oficiosidades de la amistad, sin ninguno de sus sentimientos, » ni siquiera la menor idea de la reciprocidad y de la simpatía humana : « No se tiene conversacion con ella; *no se cuida de que la entiendan, pues solo quiere que la oigan.* » Y al verla mostrarse así tal cual era, no por franqueza, sino porque no tenia en sí móvil alguno de los miramientos y atenciones que se deben á los demas, la señorita de Launay concluye citando esta palabra que expresa el resultado de todo su estudio y que hubiera encontrado por sí misma :

« Ella (la duquesa de Maine) ha hecho decir á una persona de » mucho talento *que los príncipes son en moral lo que los monstruos » en la fisica; se ven en ellos á descubierto la mayor parte de los » vicios que son imperceptibles en los demas hombres.* »

Esta conclusion es verdadera tratándose de aquellos que son adorados y que creen han nacido para serlo, desde Nabucodonosor hasta la duquesa de Maine. Pero al contemplarlos con cierto asombro (pues bajo esta forma más ó ménos real, la especie se va perdiendo cada dia), sepamos evitar tambien nuestro escollo y no abundar en nuestro orgullo; no olvidemos que al hablar de ellos se trata tambien de nosotros, que esos son los defectos que tendríamos mañana, si no nos viéramos contenidos y advertidos á cada instante por la resistencia de las cosas. En frente de esas gentes *nacidas semidioses* y que eran el producto monstruoso del antiguo régimen, coloquemos mentalmente á los *advenedizos* que son el producto habitual del régimen moderno. Ya hemos visto al *advenedizo* al dia siguiente de una revolucion, y

conocemos por lo mismo á ese ser, á ese *monstruo* característico de la sociedad moderna. Por muchas vueltas que dé el hombre y por muchas situaciones que destruya, no cambia sus defectos ni sus ridiculeces; presto se los ve reaparecer á todos, sólo que se producen, según los tiempos, bajo una forma más ó ménos noble, cortés y agradable: y esa forma que combinaba el exceso del egoísmo con la delicadeza de espíritu y la urbanidad, pertenece más bien al pasado.

MADAMA

## DE LAMBERT

Y

MADAMA NECKER

Hace mucho tiempo que me proponia reunir á estas dos mujeres que tuvieron un salon tan literario, la una á principios y la otra á fines del siglo XVIII, y colocar sus dos perfiles en un mismo medallon. Tienen ellas de comun un gusto marcado al talento y á la razon realzada por cierto giro distinguido, conciso y nuevo, que sólo las personas poco benévolas suelen confundir con el rebuscado y afectado. En ambas á dos domina la moral, y el decoro y el deber sirven de norma á las costumbres y al tono. Madama de Lambert, en medio del desbordamiento de la Regencia, abre en su casa un asilo á la conversacion, á la jocosidad ingeniosa y á las discusiones serias: Fontenelle preside este círculo delicado y cortés, donde es honroso ser recibido. Madama Necker, nacida léjos de París, al venir de la Suiza francesa cuya gloria era, nada habria deseado tanto como el encontrar en París un salon exactamente parecido al de madama de Lambert, esto es, donde el talento se hallara en su propio terreno y donde nada respe-